

Una “invitación al silencio”

Reseña del libro *Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio del profesor* (2019) de Jorge Larrosa. Colección Perfiles. Buenos Aires: Noveduc



Vannina Trentin

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Argentina

Las palabras que siguen surgen de una invitación generosa e inesperada de Jorge Larrosa. Una invitación que llega luego de su última visita a Buenos Aires en la cual compartimos un curso de posgrado y una conferencia en nuestra FFyL.¹ Fueron tres días de pensamiento, de emoción, de contradicciones, de duda, de incomodidad, de retiro de las actividades cotidianas, de encuentro extra-ordinario entre un profesor y un grupo de colegas a quienes nos desvelan más o menos los mismos asuntos. Este relato está unido de modo indisoluble a aquella experiencia, no solo porque fue su antesala, sino porque al leer esta obra se reeditaron aquellas sensaciones y tensiones vividas: la fluidez que se disfruta mientras navegamos en el “acuerdo total” de ideas a la vez que, incluso inmediatamente, asalta la “sorpresa del total desacuerdo”.

Afortunadamente, no fue mucho el tiempo que pasó hasta que pude entregarme al devenir de esa lectura vertiginosa; me dispuse a aceptar sus reglas y dejar en suspenso (por un momento) mi propia voz. Comprendo ahora más cabalmente aquello que ya Jorge Larrosa nos había advertido en *Pedagogía profana*, cuando describía la escritura y la lectura que aspira a conservar el silencio. Se trata de una escritura que exige “un lector que no debería anteponer ni su persona ni su cultura” (2017: 55). Se trata, claro, de un silencio que deviene cuando el escritor “re-encuentra, re-pite, renueva lo que todos y cada uno hemos sentido y hemos vivido ya, lo que nos pertenece en lo más propio pero a lo que los imperativos de la vida, las rutinas del lenguaje [y agrego, los modos de validar y comunicar lo que pensamos] nos han impedido prestar atención” (Larrosa, 2017: 56).

Esperando no se sabe qué... es un libro un libro contundente y encierra esas verdades que a simple vista podrían parecernos obvias, pues todos, antes o después, las hemos conocido. Sin embargo, sabiendo quién las pronuncia, nos hacen sospechar que aún tenemos que descifrar algún misterio oculto que

intuimos, nos acecha. Su escritura silencia lo convencional, lo que todos esperamos que se diga acerca de la escuela en estos “tiempos que corren” y acerca del oficio del profesor. Alberga una simplicidad llena de sabiduría, producto de una erudición profunda, que Larrosa comparte para decirnos de modo directo lo que el “ruido” de nuestra persona y nuestra cultura (y agrego, a veces de nuestras teorías, de nuestras instituciones, de nuestras luchas) nos impide escuchar. Afirma así, sin más, que es tiempo de hacer *que la escuela no deje de ser escuela*. Se produce el instante del vacío y el silencio en el que el lector puede suspenderse y hacer lo propio. Llega el tiempo de la escucha y de la vuelta sobre el sí mismo.

Esperando no se sabe qué... es una invitación al silencio porque se exige al lector que la atención se tense al máximo. Pero es también una provocación, eso lo sabemos quienes ya hemos transitado la experiencia de leerlo-escucharlo, porque nos obliga a revisar el sentido de algunas palabras y conceptos que hemos repetido hasta el cansancio en el campo pedagógico: aprender a aprender, el docente mediador, la escuela abierta al mundo, partir de los intereses de los estudiantes, jerarquía entre docente y estudiante, estudiar, ejercicios, aula... Nos advierte Larrosa que, aún sin quererlo, la crítica que hemos construido sobre la escuela está poniendo en peligro su existencia. Se trata de una preocupación que el autor ha comentado en otras oportunidades (podríamos decir que fuimos lo suficientemente alertados al respecto). Sin embargo, en este libro no hay rodeos y afirma que, en algún sentido, existe cierto agravio hacia el oficio de profesor que llega de la mano de un chantaje, el chantaje-del-futuro-inevitable. En la universidad esto se expresa en la carrera por las certificaciones, las publicaciones, los créditos y el menosprecio de la tarea de enseñar. También nos cuenta que, cuando se lo acusa de discutir aquello que se presenta como “lo nuevo”, él responde:

soy contrario, sí, a la encarnizada y viejísima operación de desprestigio de la así llamada escuela tradicional [...] que se ha venido produciendo de forma implacable en las últimas décadas y que, como muchos comenzamos a

¹ Curso de Posgrado: La materialidad de la escuela (18, 19 y 21 de junio de 2019) y Conferencia “Estudio y capitalismo cognitivo” (21 de junio de 2019). Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

sospechar, no es sino una de las caras de una gigantesca operación de acoso y derribo de la escuela. (p. 15)

Explica, desde el inicio, que el propósito del libro es reunir de modo sistemático un conjunto de ideas, conceptos y principios que nos permitan recuperar el tiempo y el espacio de la escuela en tanto tal, y que para ello es necesario volver a pensar una y otra vez qué es la escuela, qué es lo que se hace en ella y qué hay que hacer para defenderla. Nos deja claro que, desde su perspectiva, parece que a veces "hemos confundido el enemigo" y que, desde el campo pedagógico, hemos dejado el terreno preparado para el avance del discurso que declama una escuela flexible, de competencias, que sustituye la cultura de la enseñanza por la cultura del aprendizaje, convirtiéndolo así en la principal fuerza productiva de esta época a la que algunos refieren como la "sociedad del conocimiento" y Larrosa prefiere llamar el capitalismo cognitivo. Confiesa:

Frente a todo el impulso revolucionario, innovador y neovanguardista lo que me sale es un impulso reactivo que me pone en guardia y a la defensiva [...]. Y que cuando veo que esas ansias innovadoras se vuelven unánimes [...] se me pone en la cara un rictus de sospecha y de descreimiento. (p. 16)

No hay dudas, Jorge Larrosa vendrá por todo.

En esto de volver a pensar una y otra vez qué es la escuela (y la universidad), qué hace que sea eso y no otra cosa, qué la distingue de otras instituciones, hay un punto de partida, un "fraseo arendtiano"; el de la transmisión, la comunicación y la renovación del mundo común y de los adultos como responsables de conocer el mundo y de darlo a conocer a las nuevas generaciones. El que nos interroga acerca de "si amamos lo bastante a nuestros hijos como para no arrojarlos al mundo librados a sus propios recursos o para formarlos con tiempo para la tarea de renovarlo" (p. 20). El derrotero continúa dividido en tres partes. Parte 1: "Elogios y elegías"; parte 2: "Incidencias y coincidencias"; y un Epílogo: "El hueco que deja el diablo". Sin ánimo de resumir ni dar cuenta cabal de todo lo que allí se expresa, comparto aquí los resaltados, aquellos que fueron subrayados de mis propias notas de esta lectura estudiosa a la que he sido invitada.

En la primera parte, Jorge Larrosa propone un recorrido profundo que abre camino a pensadores, filósofos, pedagogos, escritores de antes y de ahora. Desde los clásicos griegos hasta Nietzsche, Foucault, Stiegler, Flusser, Rancière, Illich, Bourdieu, Sloterdijk,

Zambrano, Weil. Y Handke, por supuesto. Con ellos desmenuza sentidos, bucea en las etimologías, tensa las comprensiones, discute, sostiene, sueña. Sienta las bases de sus tesis y su idea más provocativa: defender la escuela como un lugar separado del mundo, léase separado de las obligaciones del trabajo y la subsistencia. La escuela, separada, es el el lugar del tiempo libre (la *scholè*), de un tiempo para dedicarse a aprender por el puro placer de hacerlo, para estudiar. Esa separación necesaria remite a la idea de igualdad y de emancipación, en tanto representa la apertura a un tiempo y un espacio que no se tiene, que se "roba" a la producción, al consumo, al entretenimiento o el ocio programado. La escuela ofrece ese tiempo a los niños y jóvenes para que puedan ocuparse, por un tiempo y separados de sus familias y de sus étnias, de cosas que no son ellos mismos y que no son inmediatamente útiles o rentables. Termina este recorrido con un elogio al espacio del aula, ese "lugar donde todo comienza o, mejor dicho, donde todo recomienza, una y otra vez; el lugar donde el mundo es cotidianamente transmitido, renovado y puesto en común". Donde el mundo, y las formas que permiten tener acceso a él, se ofrece a los nuevos como algo vivo y abierto que existía antes de nosotros y continuará existiendo después. "Algo que merece atención y cuidado". En treinta puntos toma su propia práctica como objeto de estudio y la comparte aquí, objetivada en relato, como abriendo una puerta al propio recuerdo y a la re-creación, esas dos caras de nuestra tarea.

La segunda parte se construye a partir de conversaciones que tuvieron lugar cuando Larrosa realizó una serie de visitas a universidades de Latinoamérica. Nos permite ser testigos de esos encuentros y deja al desnudo el oficio en acción: la elección de las lecturas, las intenciones que las guían, las preguntas que anticipa, las maneras (en tanto formas de hacer) o manías que se despliegan, las rabietas, las decepciones. En esta búsqueda de descifrar esto de ser profesor destellan sus intercambios con Fernando Bárcena que nos recuerdan la importancia de honrar a estos maestros que, gracias a su saber y su pasión, tienen tanto para ofrecer.

El Epílogo deja en evidencia con toda crudeza que la escuela así, separada, salva. Recorre la experiencia de la fugaz escuela de Auschwitz, la escuela del puro presente, de la esperanza sin futuro. La escuela-acontecimiento, si entendemos por acontecimiento algo que genera un pliegue en la historia de todos y de cada uno.

Sospecho que Jorge Larrosa busca el disloque. Bárcena así lo dice en una de sus idas y vueltas: "La formación

inicia con la perplejidad. Hay algo que sucede y que no encaja” (p. 266). Lo consigue y sabemos que algo está por transformarnos. También tiene la constancia de decirnos capítulo a capítulo, página a página,

no vayas tan rápido, presta atención, mira más atentamente, fíjate en los detalles, no te distraigas, no digas cualquier cosa, trata de decir con precisión lo que ves [lo que lees], detente un poco más, mira otra vez, piensa, dime lo que piensas, piensa lo que dices, busca relaciones, pon tu sensibilidad y tu inteligencia, moviliza tus recuerdos, moviliza tus sentimientos, atiende a tus recuerdos, atiende a tus emociones, trata de definirlos y de expresarlos con claridad, ve más despacio,

demórate en lo que haces, escribe, lee lo que has escrito, coméntalo con otros, escucha a los otros, piensa más despacio, piensa otra vez, vuelve a mirar. (p. 272)

Reviso este tiempo de lectura y me pregunto: ¿Qué sería todo aquello que se hace en este libro sino enseñar? ¿Quién podría hacerlo, hacerlo así, de este modo? No tengo dudas, nadie mejor que un profesor.

Bibliografía

Larrosa, J. (2017). “Del espíritu de niño al niño de espíritu. La idea de formación en Peter Handke”. En *Pedagogía profana. Estudios sobre el lenguaje, subjetividad y educación*. Buenos Aires: Miño y Dávila.